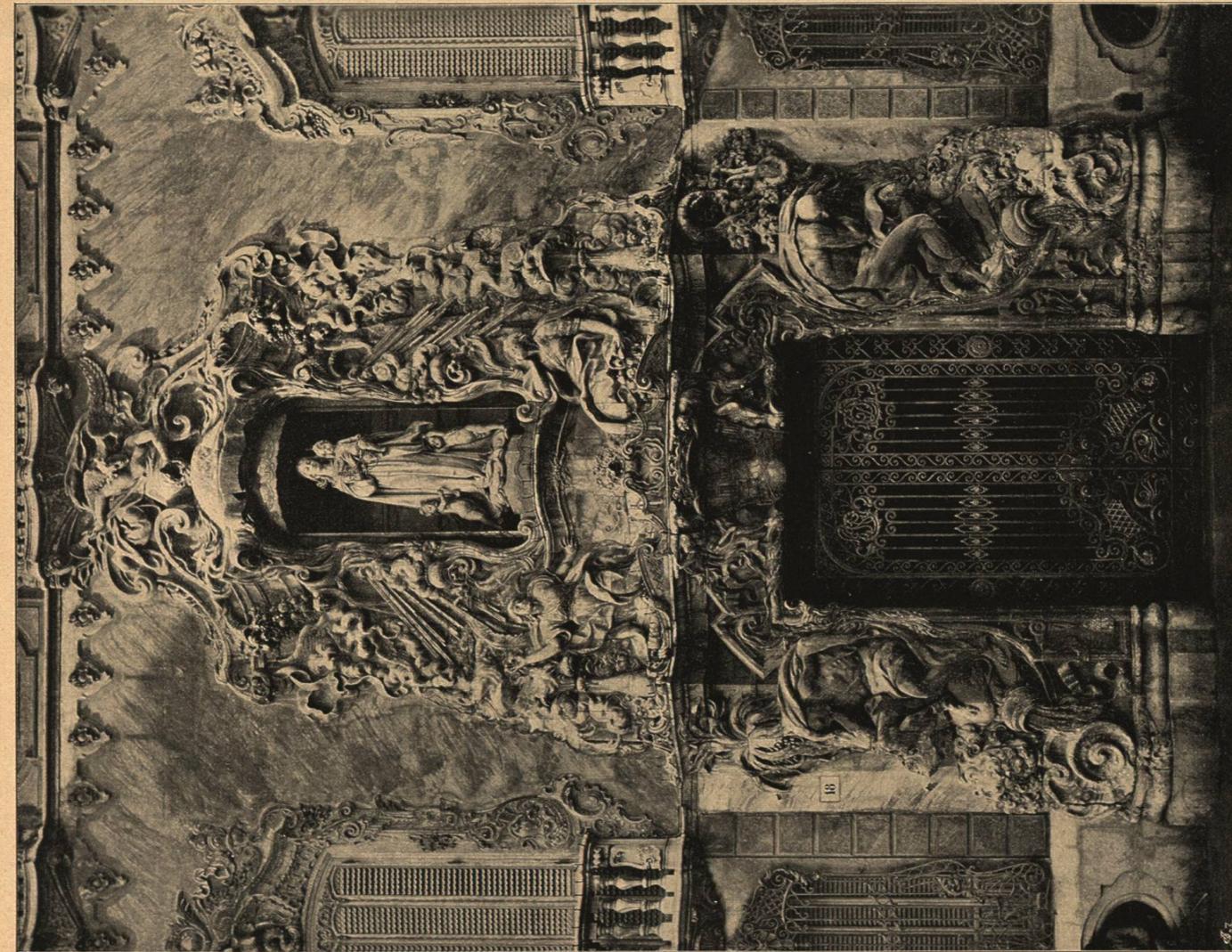


FACHADA DEL CONVENTO DE SANTA PAULA EN SEVILLA

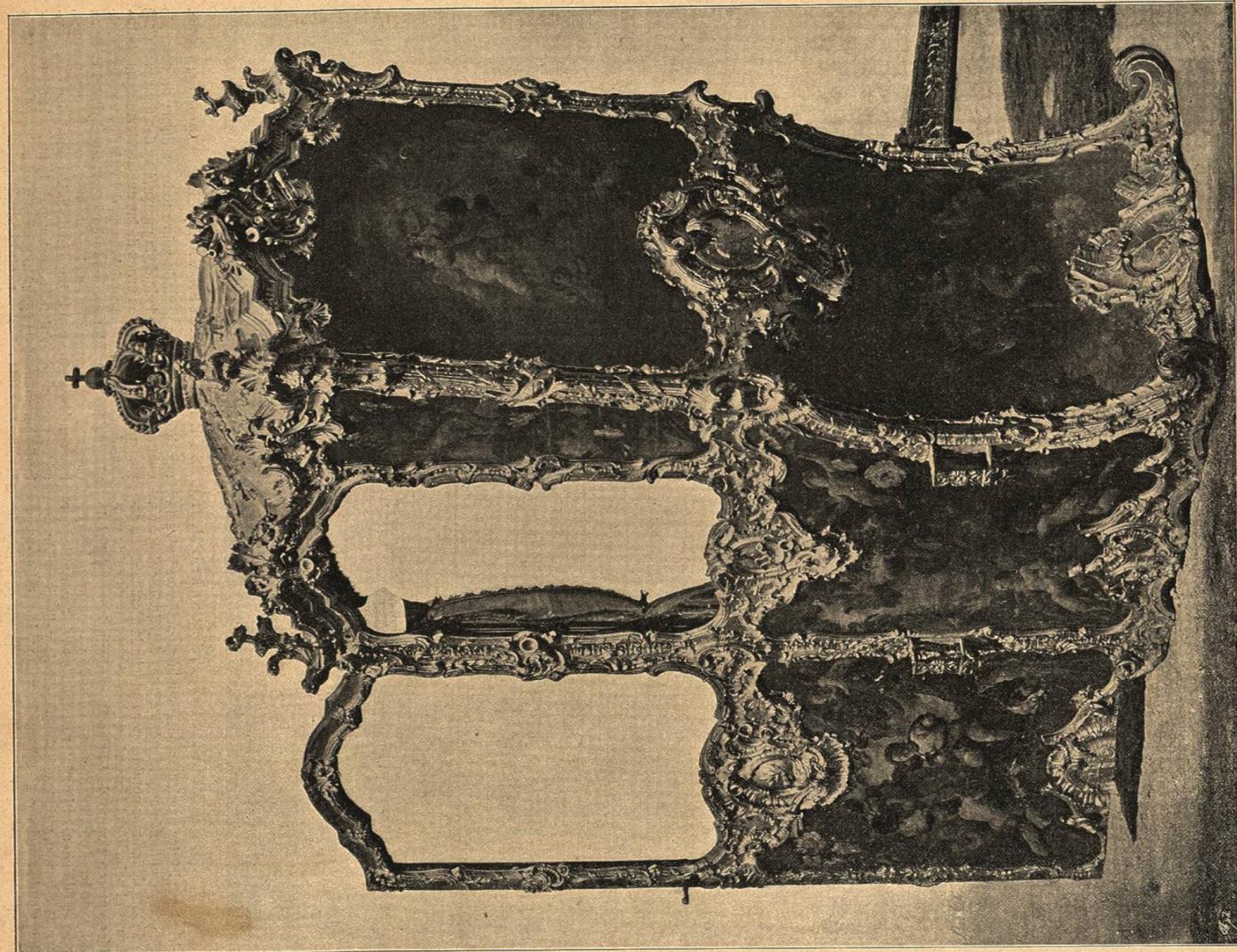
Fundado este convento en 1475 por la venerable madre Ana de Santillán y destinado á la orden de religiosas jerónimas, mandó labrar su iglesia la marquesa de Montemayor D.<sup>a</sup> Isabel Enríquez, cuyos restos así como los de su marido el condestable D. Juan están enterrados en dos nichos en la capilla mayor. Lo que más llama la atención en esta iglesia es su primorosa portada de ladrillo agramilado; sobre la entrada ojival hay una cornisa de prolija labor, adornada con flameros y cabezas de serafines; esta entrada presenta en su tímpano de azulejos el escudo de España en mármol blanco sostenido por un águila y flanqueado por las armas de los Reyes Católicos y sus divisas consistentes en el yugo y las flechas; adorna la archivolta exterior una ancha faja de azulejos

realzada de medallones con relieves que representan pasajes de la vida de Santa Paula, y en las enjutas, cuatro ángeles esculpidos, dos en pie y dos prosternados, sostienen unos recuadros donde está inscrito en caracteres góticos de resalto el monograma de Cristo. El interior de esta iglesia que muestra visibles retoques de la bastarda arquitectura que en el siglo XVI substituyó al genuino arte cristiano, sólo ofrece de notable la antigua bóveda de crucería de su presbiterio, tan característica del siglo décimoquinto, toda pintada y dorada, así como la bellísima armadura á la morisca de su única nave. En el lado de la Epístola hay un sepulcro con estatua yacente de caballero armado de punta en blanco, que es del hermano de la referida marquesa.



PUERTA DEL PALACIO DEL MARQUÉS DE DOS AGUAS EN VALENCIA

Varios edificios particulares llaman la atención en Valencia por su ornamentación arquitectónica y sus detalles esculturcos, siendo uno de los más notables por su fachada abundante en esculpturas el palacio del Marqués de Dos Aguas, construido probablemente en tiempo de Carlos II, es decir á fines del siglo XVII, y no hace muchos años completado y restaurado. Pertenece este edificio al estilo plateresco, de los más recargados por cierto de adornos, y tiene detalles de dibujo y de ejecución notables, siendo preciso confesar que la primera impresión que su aspecto produce corresponde sin duda á las fastuosas aspiraciones de su autor. La portada sobre todo es digna de detenido examen. A uno y otro lado de la puerta, hay dos figuras con los pies apoyados en sendas urnas de las que se vierte agua simbolizando el título nobiliario del dueño del palacio, y rodeadas de plantas, frutas y adornos de prolija labor. En el dintel campea el escudo del marqués, y en el segundo cuerpo de esta portada, hay una hornacina con la imagen de la Virgen de los Desamparados patrona de Valencia, en torno de la cual el artista ha labrado con no menos profusión figuras y adornos que completan la ornamentación de esta notable fachada.



SILLA DE MANOS DE FELIPE V

Laurent, fot.; Madrid.

En las caballerizas del Real Palacio de Madrid se conservan algunas sillas de manos más bien como recuerdo histórico que como objetos de utilidad inmediata, pues hasta ha caído en desuso la costumbre practicada años atrás de sacar alguna de ellas, como vehículo de respeto, cuando el monarca asistía á la procesión del Viernes Santo. Una de las sillas de manos más notable es la llamada de Felipe V, cuyo estilo general es de lo más exquisito del tiempo de Luis XV; toda su armadura es de talla delicadísima, dorada; sus tableros llevan pintadas preciosas composiciones en las que campean capri-

chosos grupos de amorcillos y flores, está forrada de raso carmesí, que lleva bordados con profusión ricos adornos de oro, de lo cual son también los gruesos cordones que sirven para cerrar la puerta y correr las cortinillas, y su techo remata en una corona real, que se cree añadida posteriormente. Tanto ó más lujosas que ésta debían ser las sillas de manos usadas por las principales damas de la corte á principios del siglo XVIII, toda vez que el mismo Felipe V tuvo que dictar en 1723 una pragmática poniendo coto al despilfarró y ostentación de que en ellas se hacia gala.



ROCAS LLAMADAS «LOS GIGANTES» EN MONTSERRAT

Audouard, fot.; Barna.

Uno de los encantos más poderosos que ofrece Montserrat al viajero que recorre sus senderos, consiste no tan sólo en la hermosura, sino que también en la continua variedad de los efectos que surgen á cada paso. Lo nuevo, lo imprevisto ofrécese constantemente á los ojos del caminante con un lujo de matices capaz de satisfacer al más exigente y al menos impresionable. Entre las muchas rarezas que el monte brinda á las miradas del peregrino, hay que citar esta agrupación extravagante de enormes peñascos á que se da el nombre de «Los Gigantes». Dificilmente la fantasía más exagerada de un artista inventaría un efecto tan extraño como el que se desgaja de ese inexplicable capricho de la naturaleza, que la imaginación popular ha bautizado con la denominación más

gráfica que podía convenirle. Verdaderos gigantes, gigantes de granito semejan, contemplados desde cierta distancia, esos colosales pedazos de roca cuyos contornos evocan verdaderamente las imágenes de seres sobrenaturales, de cíclopes deformes petrificados, heridos por la cólera de los dioses. Y si el viajero quiere apurar las sugerencias de su fantasía, no tiene más que acudir una noche de verano junto á estos sitios, una de esas noches esplendorosas en que la luna esparce á chorros su plateada luz por los espacios y sobre las montañas. Entonces, «Los Gigantes» toman un aspecto indefinible por lo extraño, por lo fantástico: más que realidad parece aquello una de esas visiones á un tiempo bellas y siniestras, de una poesía lúgubre como sabía crear el lápiz de Gustavo Doré.